

RECUERDO DE DON ENRIQUE DIEZ-CANEDO

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ

Director de la Academia de la Lengua Española de México

Con su mujer Teresa, sus hijas María Luisa y María Teresa y su hijo Enrique, don Enrique Diez-Canedo (1879-1944) llegó a la ciudad de México en 1939, uno de los primeros con la avanzada de la emigración republicana. Comenzó a dar clases en la Facultad de Filosofía y Letras de la U.N.A.M., supongo que sobre la poesía de Juan Ramón Jiménez. Sabíamos que él había sido en los periódicos madrileños uno de los críticos literarios más atentos a las letras americanas y que sobre las nuestras se había ocupado de las novelas de Azuela y Guzmán y de los poetas de Contemporáneos, y que previamente había escrito sobre Ruiz de Alarcón y Sor Juana y sobre los poetas del postmodernismo, Icaza, Rebolledo, Tablada, González Martínez, Reyes y Maples Arce, y al mismo tiempo sobre las figuras paralelas de Hispanoamérica.

Don Enrique era una persona de discreta, suave sabiduría. Con su voz atiplada hablaba siempre sonriendo, sin modular su voz ni enfatizar. Cuando, conversando con Alfonso Reyes llegábamos a un punto que ambos ignorábamos, don Alfonso me decía: "Eso lo consultaremos con Enrique Diez-Canedo". Y, en efecto, él desataba nuestras dudas. Pronto, el tropel de *Tierra Nueva*, Alí Chumacero, Jorge González Durán, María del Carmen Millán, Pina Juárez Frausto y Ramona Rey Doce, comenzamos a frecuentar el departamento de los Diez-Canedo, por el rumbo de la Tabacalera, que se iba llenando de libros que compraba don Enrique.

Recuerdo un Víctor Hugo en setenta y tantos tomos, que se dio el gusto de releer de punta a punta. Y luego llegó Paco Giner, que se casaría con María Luisa, y Joaquín, que se inscribió con nosotros en la Facultad de Filosofía y Letras, en Mascarones de Ribera de San Cosme, y que sería uno de mis amigos más queridos y al que perdimos hace meses.

Breves fueron los años en que disfrutamos a don Enrique. Un lustro apenas y aquí le dimos tierra mexicana. Creo que de sus libros

mexicanos solo alcanzó a ver *Juan Ramón Jiménez* en su obra (1944). Pero su hijo Joaquín se empeñaría en imprimir sus libros para que su memoria se mantuviera.

El primer libro que tuve de don Enrique fue la primera edición española de aquella memorable obra llamada *La poesía francesa moderna*. Antología ordenada y anotada por Enrique Diez-Canedo y Fernando Fortún, Los precursores, Los parnasianos, Los maestros del simbolismo, El simbolismo, Los poetas nuevos (Madrid, Renacimiento, Ponteños, 3, 1913, 376 pp., 19 × 13 cm.). Este precioso libro, que tanto contribuyó a la formación poética de Ramón López Velarde –y aun a la mía– me lo prestó don Enrique y luego me lo obsequió. Y a raíz de su muerte, Teresa, su mujer, y Joaquín me regalaron una edición de lujo de *La soirée avec M. Teste* de Paul Valéry (N.R.F., Paris, 1919) autografiado por su autor con una inscripción que dice, en español: “Ejemplar de la conversación con el Sr. Testigo Paul Valéry”, en recuerdo de mi amistad con don Enrique.

De la antología de *La poesía francesa moderna*, don Enrique preparó solo –Fernando Fortún había muerto– una nueva y admirable edición, llamada *La poesía francesa del romanticismo al surrealismo*, en un gran tomo (24 × 16,5 cm., 719 pp.) encuadernado que editó Losada, en Buenos Aires, 1945, y que su autor no alcanzó a ver.

Joaquín Diez-Canedo se hizo un gran editor para honrar la memoria de su padre. Su primer libro es quizá su obra maestra, los *Epigramas americanos* de Enrique Diez-Canedo (México, Joaquín Mortiz, Editor, MCMXLV, 24,3 × 18,3 cm. y 88 pp.), con dibujos y viñetas de excepcional belleza de Ricardo Martínez de Hoyos. Existía una edición previa (Madrid, 1928) solo de los epigramas propiamente americanos, y aquí se añaden los de fecha posterior: los “Nuevos epigramas”, los “Epigramas del Extremo Oriente” en letra cursiva, y los “Epigramas mexicanos” que fueron de los últimos escritos por don Enrique. Todos tienen un rasgo delicado, por ejemplo:

Hay-Kay

de Buenos Aires

La curva criolla de una voz
vuelve americana
la calle.

Saludo franciscano

Nada en ti es altanero: ni tu erguida cabeza,
ni tu tronco vestido de harapos de corteza,

ni tu ascético aroma, no sensual, pulcro y sano:
salud entre los árboles, oh eucalipto, mi hermano.

Dulzura de Morelia

Morelia... ¡Qué quietud! ¡Cuánta dulzura!
¡Qué larga paz en tus jardines late!
Tu viva historia es ya leyenda pura.
Queda su encanto en ti como perdura
el sabor de los frutos en el ate.

Antes de estos *Epigramas*, don Enrique escribió muchos versos dentro de la tendencia postmodernista y tradujo algunos grandes poetas de lengua francesa. Recordemos un pasaje de uno de sus últimos poemas *Oración de los débiles al comenzar el año* (Edición privada, México, 1950):

Que todos, en su hogar, el fuego aviven
para que a su calor los fríos miembros
del caminante vuelvan a la vida;
que no luchen jamás; que nunca emerjan
entre las áureas mieses de la historia,
sangrientas amapolas, las batallas;
que no profanen la extensión augusta
del mar inmenso las armadas naves;
y reinando la paz, que todos tengan,
como cifra de amor, por ti bendita,
una mujer, un campo y una casa.

Solo un “mérito informativo” pedía don Enrique para sus estudios literarios de tema americano. Después de las *Cartas americanas* (Madrid, 1889) de don Juan Valera, él mantiene la atención abierta a las letras del Nuevo Mundo. “A hombres como él debemos el actual entendimiento y la mayoría de edad a que hemos llegado en materia de universalidad hispánica”, comentaba Alfonso Reyes. Este aspecto fundamental de la obra escrita por don Enrique está representado por otro de sus libros mayores (que no llegó a ver): *Letras de América, Estudios sobre las literaturas continentales* (El Colegio de México, México, 1944), con una “Noticia del editor” (Alfonso Reyes). Junto a los estudios de Pedro Henríquez Ureña y de Reyes, éste es uno de los libros básicos para acercarnos al conocimiento de nuestras letras hispánicas. Al principio de esta nota mencioné ya algunos de los temas de estos estudios, y debo añadir que en este volumen de *Letras de*

América los encabeza el hermoso discurso que pronunció don Enrique en su recepción en la Academia Española, el 1º de diciembre de 1935, acerca de la “Unidad y diversidad de las letras hispánicas”, con respuesta, a nombre de la Academia, por don Tomás Navarro Tomás.

El celo filial de Joaquín reunió la mayor parte de los estudios literarios y dramáticos de su padre bajo el rubro de “Obras de Enrique Diez-Canedo”, en *Conversaciones literarias*, tres series (Joaquín Mortiz, México, 1964 y 1965); *Estudios de poesía española contemporánea* (Joaquín Mortiz, México, 1965) y *Artículos de crítica teatral. El teatro español de 1914 a 1936* (Joaquín Mortiz, México, 1968, 4 vols.).

Enrique Diez-Canedo fue un poeta, traductor, crítico teatral, antólogo y ensayista de minorías, “de fino ingenio y concepto sutil”. “El secreto de su poesía –dice Guillermo Díaz-Plaja– es la noble comprensión de sus limitaciones, su solvencia intelectual y el sobrio equilibrio de sus elementos”. Y era un sabio dulce y bondadoso.